

REVISTA NUEVA

DIRECTOR Y REDACTOR — FROILAN TURCIOS

AÑO II

TEGUCIGALPA: 1.º DE JUNIO DE 1903

NUM. 38

El Fuego y el Agua

I

Amo el pálido fuego—EL HERMANO FUEGO—cuya lengua de oro dice terribles palabras; que brilla en la tierra y en el espacio; en las pupilas de los astros y en los cráteres abiertos en el aire como sangrientas bocas devoradoras...

Amo el fuego, espíritu sutil y profundo que da vida al universo; que alegra el hogar; que purifica lo que toca; que crea y destruye; que vibra en los objetos y en las cosas y su ritmo cálido es el sangre de los héroes, en el cerebro de los pensadores y en el corazón de los poetas.

Amo el fuego, dulce en la mirada de las vírgenes y trágico sobre el horror de los incendios; pero siempre poderoso elemento que mueve las energías humanas, creador de los gérmenes y de los fecundos espasmos, alma de las caricias, padre de los besos!

Amo el fuego, tesoro de la juventud, lila del día, bello y fúlgido en el esplendor de los ocasos escarlata;

Amo el fuego vencedor del hierro en el bracerío de las minas; resorte de maravillosas industrias; que corre por el mundo cual río de luz, y abrasa con su hálito los seres y las cosas

Amo el fuego, flor de pudor y de castidad sobre las carnes mórbidas de las doncellas; que enrojece los ásperos rostros de los guerreros e impulsa a los hombres de hierro a la gloria o a la muerte; y transforma en sagrada ceniza los cadáveres amados.

Amo el pálido fuego cuya lengua de oro dice terribles palabras.

II

También amo a la HERMANA AGUA que en las noches lunares dice sus secretos en el surtidor;

que tiene el alma cristalina; que es dulce y acerba; que se deshace en ondas melodiosas en los lagos azules y en los mares irritados se eleva en negras montañas a los altos cielos; que tiene una voz y una canción; que gime y llora y despeina su cabellera de espumas sobre las anchas playas.

Amo el agua que da vida a los seres y a las rosas y a todo lo que se extremece y palpita sobre la tierra; y que es también engendradora de la muerte.

Amo el agua misteriosa, muerta en los estanques, en el silencio nocturno, a la sombra de los sauces: o que dice, con su monótona lengua metálica, cosas tristes de melancolía y de pena.

Amo el agua vibrante y alegre al resbalar sobre los guijarros, en pleno mediodía; que se desprende de las cumbres de las rocas, formando luminosas cabelleras de plata; que refulge al sol y se pierde en los verdes boscajes como enorme serpiente; y que se derrama de los cielos oscuros para nutrir y dar vida a la tierra maternal.

Amo el agua que impulsa las fábricas colosales y ayuda al campesino en la ruda tarea de la siembra;

que es incolora en el diáfano vaso, verde en el estanque poblado de lotos y de nenúfares; azul en la lejanía de los horizontes marinos.

Amo el agua, ya baje de las nubes en las noches de tormenta, o en las claras mañanas tiemblen sus gotas como luminosos diamantes en los cálices de los lirios marmóreos.

Amo a la HERMANA AGUA—eterna vencedora del HERMANO FUEGO... Ella tiene una amargura divina cuando—al rudo impulso del dolor inmortal—sale por los ojos en una lluvia de lágrimas heladas.

FROILAN TURCIOS

El secreto del cadalso

A Edmundo de Gouncourt

Las recientes ejecuciones me traen á la memoria la extraordinaria historia siguiente:

El 5 de junio de 1864, á eso de las siete de la tarde, el doctor Edmundo Descado Conty de la Pommerais, á quien acababan de trasladar de la Conserjería á la Roquette, estaba sentado, revestido de la camisa de fuerza, en la celda de los condenados á muerte.

Hallábase de codos sobre el respaldo de su silla, taciturno y con la mirada fija.

Sobre la mesa, una vela iluminaba su pálida y fría faz y, á dos pasos de él, un centinela le observaba en pie, apoyado en la pared y con los brazos cruzados.

Casi todos los detenidos se ven obligados á efectuar una tarea diaria, de cuyo importe la administración se cobra ante todo, en caso de defunción, el precio de la mortaja, que no es de su cuenta proporcional; pero los condenados á muerte no están obligados á realizar trabajo alguno.

El preso no era de los que fían en los azares, y en su mirada no se leía ni temor ni esperanza.

Treinta y cuatro años; moreno, de mediana estatura; con algunos cabellos recientemente agrisados junto á las sienes; los ojos de mirada nerviosa, medio apagada, una frente de razonador, la voz apagada y breve; las maneras de estudiada distinción; tal aparecía á los ojos del observador.

(Se recordará que en el tribunal de *Assises* del Sena, no habiendo logrado la elocuente defensa del abogado Lachaud destruir en el ánimo de los jurados el triple efecto producido por los debates, las conclusiones del doctor Tardieu y la acusación de M. Oscar de Vallée, M. de la Pommerais, convicto de haber administrado con un fin cúpido y con premeditación, dosis mortales de digitalina á una señora amiga y la señora de Paux, fué condenado á la pena de muerte, con arreglo á los artículos 317 y 302 del Código Penal.)

Aquella noche, 5 de junio, ignoraba todavía que había sido desestimado su recurso de casación así como la negativa, á sus parientes, de toda audiencia para solicitar su indulto. Apenas si el defensor del reo, más feliz que aquéllos, había sido escuchado distraídamente por el Emperador; y en cuanto al venerable padre Crozes que, antes de cada ejecución se fatigaba dirigiendo súplicas á la Tullerías, había vuelto sin obtener respuesta. Conmutar la pena de muerte, dadas las circunstancias del hecho, hubiese equivocado á abolirla, pues el crimen revestía caracteres de gravedad excepcional.

Como quiera que, en opinión del tribunal, la negativa á la admisión del recurso era indudable y debía ser notificada de un momento á otro, el verdugo Hendreich acababa de ser avisado, para que se hiciera cargo del reo el día 9, á las cinco de la mañana.

De pronto, un ruido de culatas de fusiles resonó en las losas del corredor; la cerradura rechinó pesadamente; la puerta se abrió; las bayonetas brillaron en la penumbra, y el señor Beauquesne, director de la cárcel, se presentó en el umbral, seguido de un visitante.

Al levantar la cabeza M. de La Pommerais, reconoció, á la primera ojeada, en aquel visitante, al ilustre cirujano Armando Velpeau.

A un signo hecho por el director, el centinela salió. El señor Beauquesne, tras una muda presentación, se retiró también y los dos colegas se quedaron solos, frente á frente y mirándose uno á otro.

La Pommerais, con silencioso ademán, indicó al doctor su propia silla y él fué á sentarse sobre el jergón donde los que duermen no tardan en ser despertados para abandonar repentinamente la vida.

Como allí se veía bastante mal, el gran clínico se acercó al . . . enfermo, para observarle mejor y poder hablar en voz baja.

Aquel año entraba Velpeau en los sesenta. En el apogeo de su fama, heredero del sillón de Larrey en el Instituto, primer profesor de clínica quirúrgica en París, y siendo por sus obras, todas de

una deducción tan clara y tan viva, una de las lumbreras de la ciencia patológica, el respetable facultativo se imponía ya como una de las eminencias del siglo.

Tras un frío instante de silencio, dijo:

—Caballero, entre médicos, deben evitarse inútiles lamentaciones. Además, una afección de la próstata, de la que seguramente moriré dentro de dos años ó de dos años y medio, me coloca también con algunos meses de diferencia, en la categoría de los condenados á muerte... Vamos, pues, á la cuestión, prescindiendo de más preámbulos.

—¿De modo que, en vuestra opinión, mi situación judicial es... desesperada?—interumpió La Pommerais

—Así se teme,—repuso sencillamente Velpeau.

—¿Ha llegado mi hora?

—Lo ignoro, aunque, como quiera que respecto á vos nada hay acordado definitivamente, es casi seguro que podéis contar con algunos días.

La Pommerais pasó por su frente lívida la manga de su camisola de fuerza.

—¡Sea!—dijo.—¡Gracias! Estaré dispuesto. . . ¡Lo estaba ya! . . . ¡Ahora, cuanto más pronto será mejor!

—No habiendo sido rechazado aún vuestro recurso, hasta el presente, por lo menos,—continuó Velpeau,—la proposición que voy á hacer os no es más que condicional . . . Si obtenéis el indulto, tanto mejor; si no . . .

El gran cirujano se detuvo.

—¿Si no? . . . —preguntó La Pommerais

Velpeau, sin contestar, sacó de su bolsillo un pequeño estuche, lo abrió, extrajo de él una lanceta y cortando con ella la camisa de fuerza por la muñeca izquierda, tomó el pulso del joven sentenciado.

—Señor de La Pommerais,—dijo,—vuestro pulso me revela una sangre fría y una firmeza raras. El paso que doy cerca de vos, y que debe permanecer secreto, tiene por fin una especie de ofrecimiento que, aun dirigido á un médico de vuestra energía, á un espíritu templado en las convicciones positivas de nuestra ciencia y completamente desprendido de todos los fantásticos temores á la muerte,

podría parecer una extravagancia ó una burla criminales. Pero me parece que nos conocemos y, que por lo tanto, acogeréis mis palabras con atenta consideración, sea cual fuere el juicio que sobre ellas forméis al principio.

—Os escucho atentamente,—respondió La Pommerais.

—Distáis de ignorar,—prosiguió Velpeau,—que una de las más interesantes cuestiones de la fisiología moderna consiste en saber si algún resto de memoria, de reflexión, de sensibilidad real persiste en el cerebro del hombre después de la sección de la cabeza.

A esta inesperada introducción, el condenado se estremeció; luego, reponiéndose, contestó:

—Cuando habéis entrado, doctor, estaba precisamente muy preocupado por ese problema, que por lo demás, es para mí doblemente interesante.

—Ya estáis al corriente de los trabajos hechos sobre esta cuestión, desde los de Semmering, de Süe, de Sedillot y de Bichat, hasta los más modernos.

—Y hasta en otro tiempo asistí á uno de vuestros cursos de disección, practicada sobre los restos de un ajusticiado.

—¡Ah! . . . Entonces prosigamos . . . ¿Tenéis nociones exactas, desde el punto de vista quirúrgico, de la guillotina?

La Pommerais, luego de mirar fijamente á Velpeau, repuso con frialdad:

—No, señor.

—Yo he estudiado detenidamente hoy mismo el aparato,—continuó sin conmoverse el doctor Velpeau,—y doy fe de que es un instrumento perfecto.

“La cuchilla, obrando á la vez como cuña, como hoz y como maza, corta en bisel el cuello del paciente en la *tercera* parte de un segundo. El decapitado, al recibir aquel fulgurante golpe, no puede, pues, experimentar más dolor que el que un soldado experimenta en el campo de batalla cuando una bala de cañón se le lleva un brazo. La sensación, por falta de tiempo, es nula y oscura.

—Hay tal vez el *dolor posterior*; ¡queda algo vivo de cada lado de los dos cortes! . . . ¿No ha sido Julia Fontenelle quien, dando sus razones, pregunta si esa velocidad misma no tiene consecuencias

más dolorosas que la ejecución por la espada ó por el hacha?

—¡Ha bastado Berard para destruir ese sueño!—repuso Velpeau.

“En cuanto á mí, tengo la convicción, basada en cien experimentos, y en mis observaciones particulares, de que la ablación instantánea de la cabeza produce instantáneamente, en el individuo ejecutado, el desvanecimiento anestésico más absoluto.

“Sólo el síncope inmediato provocado por la pérdida de cuatro ó cinco litros de sangre que hacen irrupción fuera de los vasos (y, con frecuencia, con una fuerza de proyección circular de un metro de diámetro), bastaría para tranquilizar á los más timoratos, respecto á este punto.

“En cuanto á los saltos inconscientes de la máquina carnal, detenida demasiado pronto en su proceso, no constituyen tampoco más indicio de sufrimiento que la palpitación de una pierna cortada por ejemplo, cuyos músculos y nervios se contraen, pero que no sufre.

“Yo sostengo que la fiebre nerviosa de la incertidumbre, la necesidad de los fatales preparativos, y el sobresalto del despertar matinal, son aquí lo más claro del pretendido sufrimiento, pues en cuanto á la amputación, no pudiendo menos de ser imperceptible, el dolor *real* no es más que *imaginario*.

“¡Como! Un golpe tan violento en la cabeza, no sólo no se siente, sino que no deja conciencia alguna de su choque; una lesión tan simple de las vértebras lleva consigo la insensibilidad atáxica. . . ¡Y el corte de la cabeza, la escisión de la médula espinal, la interrupción de las relaciones orgánicas entre el corazón y el cerebro, no bastarían á paralizar, en lo más íntimo del ser humano, toda sensación de dolor, por vaga que sea! . . . ¡Imposible! ¡Inadmisible! . . . Y vos lo sabéis tan bien como yo.

—¡A decir verdad, espero saberlo más que vos!—repuso La Pommerais.—Así, pues, no es, en realidad, algún grande y rápido sufrimiento *físico* apenas concebido en el desarreglo sensorial y ahogado pronto por la invasión ascendente de la Muerte); no es eso, digo, lo que yo temo. Es otra cosa.

—¿Queréis intentar formularla?—dijo Velpeau.

—Oíd, —murmuró La Pommerais, al cabo de unos instantes de silencio:—en definitiva, los órganos de la memoria y de la voluntad (si están circunscritos, y en el hombre, en los mismos lóbulos en que los hemos visto en . . . el perro, por ejemplo); esos órganos, digo, *¿son respetados por el paso de la cuchilla!*

“Hemos observado demasiados procedentes equívocos, tan inquietantes como incomprensibles, para que yo me deje persuadir fácilmente de la inconsciencia inmediata de un decapitado.

“Según las leyendas ¿cuántas cabezas, interpeladas, han vuelto su mirada hacia el que las llamaba?

“¿Se dirá que eso es memoria de los nervios? ¿Movimientos reflejos? . . . ¡Vananas palabras!

“Recordad la cabeza de aquel marinero que, en la clínica de Brest, *una hora y cuatro después de ser decapitado*, cortó en dos pedazos, por un movimiento de mandíbula . . . *acaso* voluntario, un lápiz que habían colocado entre ellas . . .

“Para no elegir más que ese ejemplo, entre mil, la cuestión real sería, pues, saber si es ó no es el *yo* de ese hombre quien, después de haber cesado la hematósis, impresionó los músculos de su cabeza *exangüe*.”

—El *yo* no existe más que en el conjunto,—dijo Velpeau.

—La médula espinal es prolongación del cerebelo,—repuso La Pommerais.—Así, pues, *¿dónde* estaría en aquel caso el conjunto sensitivo? . . . ¿Quién podrá revelarlo? . . . ¡Antes de ocho días, seguramente, lo habré averiguado! . . . Y lo habré olvidado también.

—Tal vez depende de vos que la humanidad sepa de una vez á que atenerse respecto á este punto.—repuso lentamente Velpeau, mirando con firmeza á su interlocutor. Y hablemos con franqueza: precisamente por eso he venido aquí.

“Me envía á vos, como delegado suyo, una comisión de nuestros más eminentes colegas de la Facultad de París, y aquí tenéis mi pase firmado por el Emperador, que contiene poderes suficientes para sus-

pende, en caso necesario, hasta la orden misma de vuestra ejecución.'"

—¡Explicáos, pues no comprendo!—
repuso el reo sorprendido.

—M. de La Pommerais ¡en nombre de la Ciencia que siempre debe sernos querida y que no cuenta ya, entre nosotros, el número de sus mártires magnánimos, vengo (en la hipótesis, para un más que dudosa, de que el experimento que entre ambos convengamos sea practicable), á reclamar de todo vuestro sér la mayor suma de energía y de intrepidez que se puede esperar de la especie humana!

"Si vuestra petición de indulto es rechazada, *siendo vos médico* resultáis un sujeto competente por sí mismo en la suprema operación que ha de sufrir.

"Vuestro concurso sería, pues, inestimable para una tentativa de . . . *comunicación*, aquí.

"Cierito que, por muy buena voluntad que os propongáis demostrar, todo parece atestiguar de antemano el resultado más negativo; pero, en fin, con vos siempre en la hipótesis de que el experimento no resulte imposible en principio, hay una probabilidad siquiera, entre diez mil, de aclarar milagrosamente, por decirlo así, la Fisiología moderna.

"La ocasión, pues, debe ser aprovechada y, en el caso de un signo de inteligencia victoriosamente cambiado después de la ejecución, dejarías un nombre cuya gloria científica borraría para siempre el recuerdo de vuestra debilidad social."

—¡Ah!—exclamó La Pommerais, poniéndose lívido, pero con resuelta sonrisa:—¡ah! comienzo á comprender . . . En realidad, los ajusticiados han revelado ya el fenómeno de la digestión, según nos dice Michelot. . . ¿Y de qué naturaleza sería vuestro experimento? . . . ¿Sacudidas galvánicas? . . . ¿Incitaciones del ciliar? . . . ¿Inyecciones de sangre arterial? . . . ¡Todo eso es poco concluyente! . . .

—Inútil es decir que, después de la triste ceremonia, vuestros restos irán á descansar en paz, á la tierra, y que ninguno de nuestros escalpelos os tocará,—repuso Velpeau.—¡No! . . . Pero, al caer la cuchilla, si ello ha de pasar, yo estaré allí, en pie, frente á v s, apoyado en la máquina.

"Tan pronto como sea posible, vuestra cabeza pasará de las manos del ejecutor á las mías y entonces, como el experimento no puede ser serio y concluyente sino en razón de su misma sencillez, os gritaré claramente, al oído:

"—¡Señor Couty de La Pommerais! En recuerdo de nuestro convenio durante "la vida *podéis en este momento*, bajar, "tres veces seguidas, el párpado de vuestro ojo derecho, manteniendo completamente abierto el ojo izquierdo?"

"Si, *en aquel momento*, sean las que fueren las demás contracciones del rostro, podéis, mediante ese triple guiño, advertirme que me habéis oído y comprendido, y probármelo, impresionando así, por un acto de memoria y de voluntad permanentes, vuestro músculo palpebral, vuestro nervio zigomático y vuestra conjuntiva, (dominando todo el horror, toda la oleada de las demás impresiones de vuestro sér), ese hecho bastará para iluminar la ciencia y revolucionar nuestras convicciones . . . Y yo, no lo dudéis, sabré publicarlo de manera que, en lo porvenir, dejaréis menos la memoria de un criminal que la de un héroe."

A estas insólitas palabras, La Pommerais pareció presa de un espasmo tan profundo, que permaneció, durante un minuto, silencioso y como petrificado, con las pupilas dilatadas y fijas en el cirujano.

Luego, sin decir una palabra, se levantó, dió algunos pasos con aire pensativo, y pronto, sacudiendo tristemente la cabeza, contestó:

—La horrible violencia del golpe me hará perder el dominio de mí mismo. ¡Realizar lo que pretendéis, me parece por encima de toda voluntad, de todo esfuerzo humano! Además, se dice que las *probabilidades* de vitalidad no son las mismas para todos los guillotizados . . . Sin embargo, volved la mañana de la ejecución y os contestaré si me presto ó no á esa prueba, á la vez, espantosa, repulsiva é ilusoria.

"Si mi respuesta es negativa, cuento con vuestra di-creción ¿no es cierto? para que dejéis que mi cabeza exhale tranquilamente sus últimas vitalidades en el barreño de estaño que ha de recibirla.

—Entonces hasta la vista, M. de La Pommerais, —dijo Velpeau levantándose á su vez.—Reflexionadlo bien.

Ambos se saludaron.

Un instante después, el doctor Ve peau salía de la prisión, el centinela volvía á entrar y el reo se tendía resignado en su lecho para dormir ó para meditar.

*

Cuatro días después, hacia las cinco y media de la mañana, el señor Beauquesne, el padre Crozes, el señor Claude y el señor Potier, escribano del Tribunal imperial, penetraron en el calabozo.

Despertóse al señor de La Pommerais quien, á la noticia de que había llegado la hora fatal, incorporóse, muy pálido, y se vistió precipitadamente.

Luego habló diez minutos con el padre Crozes, cuyas visitas había acogido ya perfectamente: sabido es que aquel santo sacerdote estaba dotado de esa unción de inspirado que da valor en la última hora.

En seguida, el reo, viendo volver al doctor Velpeau, le dijo:

—He pensado en nuestro asunto: mirad.

Y durante la lectura de l sentencia tuvo cerrado su párpado derecho, mirando fijamente al cirujano, con el izquierdo completamente abierto. Velpeau se inclinó profundamente; luego, volviéndose hacia Hendreich que entraba con sus ayudantes, cambió rápidamente con él un signo de inteligencia.

El arreglo del tocado del preso fué rápido: observóse que el fenómeno de los cabellos que *encanece instantáneamente bajo las tijeras* no se produjo.

Una carta de despedida á su esposa, leída en voz baja por el sacerdote, humedeció sus ojos con lágrimas que éste enjugó piadosamente con el trozo cortado á la camisa.

Ya e . pie y con el gabán echado sobre los hombros, fué preciso aflojar las ligaduras de los puños.

Luego se negó á tomar el vaso de agua: diente, y la escolta se puso en marcha p r el corredor. Al llegar al portal, volvió á encontrar allí á su colega y le dijo en voz baja:

—¡Hasta luego! . . . ¡Y adiós!

De pronto la grandes hojas de hierro de la puerta se entreabrieron ante él, y el viento de la mañana penetró en la cárcel. Amanecía.

A lo lejos extendíase la gran plaza, rodeada por un doble cordón de caballería: en frente, á diez pasos, en un semicírculo de gendarmes á caballo, cuyos sables, desenvainados al aparecer el reo, produjeron su característico ruido, se elevaba el cadalso. A alguna distancia se hallaban los representantes de la prensa, que se descubrieron al presentarse el reo.

Más lejos, detrás de los árboles, oíanse los rumores de la multitud, fatigada de haber pasado la noche en vela.

Encima de las cantinas, en las ventanas, algunas lívidas mujerzuelas, cubiertas de vistosas sederías . . . y algunas conservando aún en la mano una botella de Champagne, inclinábanse en compañía de lánguidos individuos vestidos de negro.

En la plaza, las golondrinas volaban por aquí y allá, cruzando la matinal atmósfera.

Sola, llenando el espacio y limitando el cielo, la guillotina parecía prolongar sobre el horizonte la sombra de sus dos brazos, entre los cuales, muy lejos, allá arriba, entre los azulados tintes del alba, se veía brillar la última estrella.

Ante aquel funerario espectáculo, el reo se estremeció.

Luego marchó resueltamente hacia la escalera . . . Subió los peldaños . . . Entonces el cuchillo triangular brilló sobre el negro marco, tapando la estrella.

Ante la plancha fatal, después de besar el crucifijo, besó el rizo de sus propios cabellos, recogido, durante su tocado, por el padre Crozes, y dijo:

—¡Para ella!

Los perfiles de los cinco personajes se destacaban sobre el cadalso.

El silencio, en aquel instante, se hizo tan profundo, que el ruido de una rama rota, bastante lejos, bajo el peso de un curioso, así como el grito que lanzó éste y algunas vagas y horribles risas, llegaron hasta el grupo trágico.

Entonces, al sonar la hora, cuya última campanada no debía oír, La Pommerais vió frente á él, del otro lado del aparato, á su extraño experimentador que, con una mano sobre la plataforma, le contemplaba.

¡Recogióse un segundo y cerró los ojos!
La báscula jugó, cedió el botón y se
vió pasar el resplandor de la cuchilla.

Un choque terrible sacudió la plataforma; los caballos se encabritaron al olor magnético de la sangre, y el eco del ruido vibraba aún, cuando ya la sangrienta cabeza de la víctima palpitaba entre las impasibles manos del cirujano, manchándole los dedos, los puños y el traje.

Era aquella una faz sombría, horriblemente blanca, con los ojos abiertos y como distraídos, las cejas torcidas, crispados los músculos; los dientes se entrechocaban; la barba, en el extremo del maxilar inferior, había sido interesada por la cuchilla.

Velpeau se inclinó con rapidez sobre aquella cabeza y formuló, á su oído derecho, la pregunta convenida.

Por valeroso que fuese aquel hombre, el resultado le hizo estremecer, produciéndole una especie de frío terror: *el párpado del ojo derecho se bajó, mientras el ojo izquierdo, abierto, ¡le miraba!*

—¡En nombre de Dios y de nuestro sér, repite dos veces ese signo!—exclamó algo trastornado.

Las cejas se separaron como bajo algún esfuerzo interno; pero el párpado no se levantó.

El rostro, de segundo en segundo, se ponía rígido, helado, inmóvil.

¡Todo había acabado!

El doctor Velpeau devolvió la cabeza muerta al verdugo Hendreich que, volviendo á abrir el cesto, la colocó, según costumbre, entre las piernas del tronco ya muerta.

El gran cirujano se lavó las manos en uno de los cubos destinados á la limpieza, ya comenzada, de la máquina.

En torno suyo, la multitud se retiraba preocupada, sin reconocerle.

Velpeau se secó las manos, sin romper su silencio.

Luego echó á andar á paso lento, con el rostro pensativo y grave.

Llegó á su carruaje que le esperaba en la esquina de la cárcel y, cuando subía en él, distinguió el furgón de los ajusticiados que se alejaba al trote largo hacia Montparnasse.

VILLIERS DE L'ISLE ADAM

Pagana

No eres virgen y tienes la frescura
de las mujeres núbiles
y tus pechos, elásticos y duros,
parecen de marfil.
De las bacantes pompeyanas flota
en tus formas aligeras
el undivago ritmo cadencioso,
la pagana esbeltez,
Tiene la gracia tu cintura estrecha
de las etruscas ánforas
y publica la cuenca de tu vientre
que nunca diste á luz.
Tu pierna contorneada, larga, fina,
de la cadera mórbida
arranca en sus venas como el tronco
de palma tropical.
Tu cuello altivo, firme, y transparente,
cual columna de pórfido,
provoca al beso intrépido y sonante,
al abrazo febril.
Tu nariz aguilina surge airosa
con blancura eucarística
de entre la rota comba de tus cejas,
negras como el pes
Tu mano arqueada, pálida y flexible,
ostenta uñas de nácar
y del sauce agitado por la brisa
copia la dejadez.
Tu cabellera, en apretadas ondas
de fulgurante ébano,
sobre tus hombros cincelados cae
con amplia majestad.
Y al través de su móvil red blanquea
tu carne pulcra y sólida
como estatua mármorea entre el ramaje
de frondoso jardín.
En tus pupilas verdes y profundas
brillan rizos metálicos
cual de picado en la superficie
á los rayos del sol.
Sobre tu labio superior se esfuma
como velludo césped
y tus dientes iguales centellean
con alburas de cal.
En los espasmos del placer te arqueas
como pantera líbrica
y sollozas, y mue des y suplicas
con fatigosos
Naciste para amar y ser amada
vivir en el tálamo
desnuda, envuelta en sueños y perfumes
y molice oriental.
En el regazo de mujer a'gun
sentí pasión más cálida,
buenas ni caricias en que corra
tan fuese o temblor.
Nunca arrullos de amor tan enervantes
sonaron en mi timpano
ni en tan dulce abandono de la vida
re balar me sentí.
Eugendras el olvido y el mirvana
como el nelumbo índico,
de tus húmedos ojos errabundos
al tibio resplandor.

Eres hermosa y mala como ciertos
vegetales selváticos
y te amo y apuro con delicia
tu veneno letal.

EMILIO BOBADILLA

El canto del petral

SOBRE la blanca llanura del mar, el viento acumula nubes. Entré las nubes y el mar ciérnese soberbiamente el petral, parecido á relámpago negro.

Ya rasando la ola con su ala, va lanzándose, cual flecha, delante de las nubes, grita; y las nubes oyen la alegría en el temerario grito del pájaro.

Las gaviotas gimen ante la tempestad. Gimen y se agitan sobre el mar, prontas á ocultar en su seno el terror que les inspira.

Los somormujos también gimen. Los somormujos son incapaces de embriagarse con la batalla de la vida. El trueno de los golpes los espanta.

El estúpido penguino oculta tímidamente su grasiento cuerpo en las rocas. Sólo el soberbio petral ciérnese, libre y temerario, sobre el mar; blanco de espuma.

Cada vez más sombrías, cada vez más bajas las nubes descienden al mar, y las olas cantan y danzan, cada vez más altas, al encuentro del trueno.

El trueno retumba. Las olas rugen espumajeadas de cólera, en lucha con el viento.

Mirad: el viento coge, en vigoroso apretón, los vuelos de las olas, y con salvaje furia, lánzalos contra las rocas, rompiendo en esplendores y en polvo las gigantes rocas de esmeralda.

El petral ciérnese, gritando, semejante á relámpago negro; hiende el mar, como una flecha; arranca con su ala la espuma de las olas.

Míradle pasar como un demonio, el soberbio, el negro demonio de la tempestad. Ríe. Solloza. Ríe de las nubes. ¡Solloza de alegría!.....

En la cólera del trueno, hace tiempo que él, el sutil demonio, presiente la fatiga. El está convencido de que las nu-

bes no ocultarán el sol—no, no lo ocultarán.

El viento aulla... El trueno retumba. Los vuelos de las nubes incéndianse en una llama azul sobre el abismo de los mares. El mar coge las flechas de los relámpagos y las estruja en su abismo. Parecidos á ígneas serpientes, tuércense y desaparecen en el mar los reflejos de los relámpagos.

¡La tempestad! ¡Pronto va á estallar la tempestad!

El intrépido petral sigue cerniéndose soberbiamente entre los relámpagos, sobre el mar rugiente de cólera.....

Es la profecía de la Victoria, que grita: "¡Que estalle la tempestad! ¡Más fuerte!"

MÁXIMO GORKI

Los tres soldados

I

EL MERCENARIO

¡Por qué voy á luchar, lo sé yo acaso?
A quien paga mejor es á quien sigo:
al que me dá jornal menos escaso
ó me ofrece más pan ó más abrigo.

De todo, aquel que aniquilé á mi paso,
nunca supe que fuera mi enemigo;
mas siempre listo para nuevo caso,
llevo mi lanza y mi corcel conmigo.

Yo no tengo ni Patria, ni cariño,
fueron los campamentos mis hogares
y he sabido venderme desde niño!
Ninguna Ley ni Majestad adoro
y tributo tan sólo en los altares
en donde se alza como Dios, el Oro!

II

EL RECLUTA

"Por Patria y por Honor!" Yo no comprendo
lo que esta frase de sagrado encierra.
Por implacable ley, voy á la guerra,
sin conocer la causa que defendo.

Forzado y triste mi camino emprendo
y abandonada en la lejana sierra,
mi choza dejo y la heredada tierra—
ceñida de trigales floreciendo.

Y á veces del vivac en las medrosas
sembras, me asalta entre el nocturno ruido,
un recuerdo incitante de esas cosas;
y me parece ver en la callada
línea del horizonte ennegrecido,
la choza ardiendo y la heredad talada.

III

EL PATRIOTA

Sé que voy á morir; sé que mañana
plomo traidor en el luchar reñido,
destrozará mi pecho enardecido
por los toques de triunfo de la diana!

Húmedo manto de flotante grana
mi sangre ha de formar y en él tendido,
arrullará mi sueño el estampido
del cañón que estremezca la sabana!

Glorioso es caer, con la cerviz altiva!
Sello de infamia llevará quien viva
por cobardía doblgado á un yugo!
Grande habrá sido quien así perece
porque la Muerte misma, que engrandece,
cubre de oprobio si la da el verdugo!

JERÓNIMO J. REYNA

Haydn

En la sinfonía de Haydn los motivos alegremente ritmados tienen en su movilidad toda la gracia y la frescura de la juventud. Sus enlaces, la minuciosidad de sus desuniones y recomposiciones, aun realizados, como lo son, por la gran habilidad en el manejo de los resortes del contrapunto, se presentan, más como el resultado de una consumada experiencia, con el carácter de una danza original, fundada en las leyes de la más rica fantasía. ¡Tan ardiente es el soplo de verdad y de vida humana y alegre que las ha creado!

Al periodo intermediario de la sinfonía, de un movimiento más lento, vemos que Haydn le asigna por papel la expansión creciente de la simple canción popular: en estos periodos, la canción, obedeciendo á las leyes de la melodía, de conformidad en lo que cabe con la esencia del canto, se va amplificando en una progresión valiente é impetuosa que vivifica su expresión variada.

En la música instrumental de Haydn parece flotar el espíritu de otras edades, mecando la dorada cuna de la alegre infancia de un arte nuevo, algo así como un diablillo vistiendo la clásica malla de la farándula para representar el papel de viejo verde -que se divierte haciendo de niño.

RICARDO WAGNER

El medio día en el Itzomé

Como placa bruñida por la ola
fulge la arena; el agua se retira;
miasma sutil la ciénaga respira:
y en ese hábito el sol pinta su aureola.

En la pizarra de la playa seca,
una tortuga aletargada expira
y, al redor de un lagarto que se estira
baten cien peces su encorvada cola...

El aire quieto está: ni un ave pasa;
sólo oyense en el mar, que el sol abraza,
murmuraciones con temblor de rezo;

y en la reverberante lejanía,
en medio del sopor del mediodía,
se abre la insidiosa como un bostezo...

JOSÉ S. CHOCANO

Media noche

El dolor de Dios es más profundo,
mundo singular! Busca el dolor de Dios;
no me busques á mí! ¿Qué soy yo? Una
dulce lira llena de embriaguez; una lira
de media noche, una campana plañidera
á quien nadie comprende, pero que debe
hablar delante de los sordos, hombres superiores.
Porque vosotros no me comprendéis.

¡Esto es hecho! ¡Esto es hecho! ¡Oh
juventud! ¡Oh mediodía! ¡Oh tarde!
Ahora ha venido el crepúsculo y la noche
y la media noche; aulla el perro, el
viento—¿no es un perro el viento?—gime,
ladra, aulla. ¡Ay! ¡ay! ¡cómo suspira!
¡cómo ríe! ¡cómo extortora y gime la
media noche!

¡Qué sobriamente habla ahora esa ebria
poetisa! ¿Se le pasó la embriaguez? ¿Ha
trasnochado? ¿Rumia?

La vieja y profunda media noche rumia
en sueños su dolor y más aún su alegría:
pues, si el dolor es profundo, LA ALEGRÍA
ES MÁS PROFUNDA QUE LA PENA.

FEDERICO NIETZSCHE

Moisés

...Y dijo al mármol: vive! De las entrañas duras
Surge el profeta irguiendo su centenario busto
Con las pupilas hondas, inmóviles y obscuras
Cavadas en el hielo de su semblante austero.

Y si en las cañinadas del rayo en las alturas
La planta vencedora del arena! adusto,
Y de su añosa barba las vívidas alburas
La majestad le dieron de un Hércules vetusto.

Cefido el rudo torso de piel sedaña, un manto
Veló, de níveos pliegues su gigantéz de roble:
Con musculosos dedos asíó la ley del Santo

Sobre ancha piedra escrita. Y en ademán sereno
Alzada al infuito quedó su faz inmoble,
Como escuchando el sordo repercutir de un trueno.

* * *

Salve, pujante macho! Vigor de primavera
Rínges e! altaz curvas tu carne floreciente,
Y porque al mundo asombre tu ancianidad de fiera
A Pan de Arcadia robas el nimbo de tu frente.

Tú cifras, como el hombre que vió la luz pri-
(mera,
La sangre de los brutos y la divina mente:
En tí palpita el lável de la estrellada esfera
Y en tí destella el Fauno de la pagana gente.

Eres fuerza, eres Alma, eres Valor tranquilo:
En tí se humana el Kosmos; tus brazos de gigante
Saciaron de aguas e! as los áridos desiertos.

¡Cómo olvidarte, oh viejo libertador del Nilo,
Si el tiempo nos mediste con eternal cuadrante,
Si desgarró tu mano la noche de los muertos!

GUILLERMO VALENCIA

La casa de Gabriel D'Annunzio

En la dulce colina de Settignano, que
domina el panorama oro y rosa de Flo-
rencia, allí donde existió una antigua
cantera de mármol, donde nació Deside-
rio y Miguel Angel fué amamantado por
la mujer de un tallador de piedras, entre
los iris y las glycmas, envuelta en un
manto de yedra, está la VILLA de Gabriel
D'Annunzio.

Un curioso admirador que fué á visitar-
le nos describe la casa del poeta. Cuan-
do llegó, D'Annunzio venía á caballo,
precedido de cuatro lebreles, Donovan,
Merissa, Biondella, Crissa; nombres sono-
ros y musicales que, lanzados á pleno pul-
món en el vértigo de la caza, deben can-
tar en el aire como una estrofa.

El almuerzo estaba servido en una me-
sa de iglesia, frente á un banco ornamen-
tado cual una catedral; en candelabros de
negra plata cincelada, cirios de cera blan-
ca, y en el medio de la estancia un gran
misa! abierto en un arcaico facistol; la
chimenea de loza celeste está dedicada á

la salamandra, madre del fuego, según lo
indica la inscripción latina. Conjunto
que hace pensar en la rara fusión de ele-
mentos clásicos y góticos que se encuen-
tran en el espíritu creador de LAS VIRGE-
NES DE LAS ROCAS, lo mismo que sugie-
ren el Narciso y la Calavera que coronan
la filigrana del escritorio.

En lo alto de uno de los aposentos, ta-
pizado de laureles en fondo púrpura,
cuelga una corona de bronce; en otro se
lee este nombre y esta fecha: GABRIEL
NUNZIUS (1498) D'Annunzio explica
que es la traducción de su nombre en la
época en que hubiera querido nacer, en
el siglo XV, durante el primer renaci-
miento.

— Ser bello, romper una lanza en la ro-
dilla, llevar con dos dedos la espada que
los demás llevan penosamente con dos
manos, derribar un caballo con el puño,
y sin embargo, al sonreír tener la delica-
deza de una mujer; haber sido CONDOT-
TIER!.....

Tal es el deseo que D'Annunzio expre-
só, mientras Florencia, con la más noble
serenidad, sentía caer sobre sus espaldas
la divina sangre del crepúsculo.

En el dormitorio, cerca del lecho mo-
numental, la espada de Malatesta reposa-
ba sobre otro facistol; en los muros un
cuadro de Tintoretto, la cabeza de Flora,
la de Juno y la de Eleonora Duse; más
lójos, en un paisaje iluminado por el es-
plendor de la luna, reclinada en la yerba,
una mujer desnuda, con esta deliciosa
explicación: VIGET DUM PALIDA, "vigo-
rosa aunque pálida." Desde la terraza,
al través de los pinos y los cipreses, la
ciudad del Lirio reflejándose en el espejo
del Arno.

Tal ambiente tiene que ser favorable á
la producción de la obra de arte; el espí-
ritu acariciado así por la belleza de lo
que lo rodea ha de sentirse más predis-
puesto á interpretar el alma de los seres
y de las cosas. Pubrecitos de nosotros
los que aquí nos llamamos artistas, y que
en un rincón sin luz, agobiados por la
necesidad, maltratados por las rudas fae-
nas de la vida, bordamos nuestros sueños
ó buscamos un átomo de oro en el fondo
de nuestras meditaciones. Verdad que
la imaginación viene á veces en nustrá

ayuda y nos vierte sobre la frente fatigada su cornucopia maravillosa, y á su influjo nos sentimos rodeados de los tesoros que la fortuna nos negó. Ya que no poseemos telas suntuosas ni mármoles impecables, ni joyas primorosas, conformémonos con divisar un pedacito de cielo y con tener sobre nuestra mesa de pino, en un tiesto de barro, un manajo de rosas frescas.

PEDRO EMILIO COLL

De El Cancionero

(Traducción de Pérez Bonalde)

Cómo, ardiente, latía
mi corazón de pena y alegría!..
No el suyo así, que frío como nieve,
ni late, ni palpita, ni se mueve!

—Mi corazón de hielo—
me dijo—no se agita en hondo anhelo;
mas no por eso del amor ignora
el mágico poder, ni su tesoro.

Roja sangre no enciende
mi corazón, ni en mi mejilla prende
vivo carmín; mas, oye y no te asombres:
eres mi preferido entre los hombres!"

Hasta el dolor agudo,
ciñóme, ardiente, en voluptuoso nudo...
Cantó el gallo, y sin ruido, en el ambiente
desapareció la hermosa de repente.

Con rosas y adelfas y clavos de oro,
debiera este libro adornar;
y en él, como en urna mortuoria, el tesoro
guardar de mi estro fatal.

¡Quién ¡ay! quién pudiera también á la fosa
lanzar el amor infeliz!..
De! almo descanso la flor misteriosa
despliega sus hojas allí.

Allí los mortales, tras dura existencia,
en pos de su aroma se van...

Mas ¡ay! cuando llegue mi turno, su esencia
será para mí nada más.

Son estos los cantos que un tiempo sin calma,
cual lava que el Etna arrojó,
brotaron ardientes del fondo del alma,
en chispas de vivo fulgor.

Y hoy pálidos yacen sin brillos ni galas;
mas pueden dejar su ataúd,
si Amor extendiendo sobre ellos sus alas,
los vuelve á la vida y la luz;

Y un algo secreto me dice que un día
Amor en su auxilio vendrá,
y que estas estrofas, lejana alma mía,
al fin hasta tí llegarán.

Y entonces, la magia del canto rompiendo,
la vaila que el arte le alzó,
hará que las letras te miren sonriendo
y frases te digan de amor!

ENRIQUE HEINE

Rosas nocturnas

DESDE que la noche cubre el cielo, el mundo es nuestro y de los dioses. Vamos por los campos á las fuentes á los claros de los bosques oscuros; á donde quiera nos conducen los pies descalzos.

Las estrellas brillan bastante para nosotros, sombras pequeñas. A veces, bajo las ramas inferiores, encontramos goce los dormidos.

Pero el mayor encanto de la noche, es un sitio de nosotros sólo conocido, que nos atrae á través de la selva: un arbusto de rosas misteriosas.

Nada tan divino sobre la tierra como el perfume de las rosas en la noche. ¿Por qué, pues, cuando estaba sólo, no me sentía embriagado por ellas?

PIERRE LOUÏS

Rosa Nueva

No cuelgan de los muros de mi estancia
Las armas que al valor y la constancia
De los héroes la guerra consagró;
Pues abuelos hidalgos y guerreros
Que ilustraran sus límpidos aceros
No tuve nunca yo.

¿Fué en las nieblas oscuras del pasado
El tronco de mi estirpe algún letrado
Que un ingenio florido poseyó?
¿O fué acaso un intrépido marino,
O tal vez un robusto campesino?
Que nunca supe yo.

Mas no temas; que nietos vigorosos
Han de dar, con sus pechos generosos,
Orgullo á nuestra fría senectud.
A esa idea rebosa mi contento,
Pues su estirpe tendrá como cimiento
Mi fuerza y tu virtud.

LUIS ANDRÉS ZÚNIGA

Jaguares y cuervos

Las fieras!
(Es un siniestro grupo). Los jaguares.
En las bocas
arden los rojos del ardiente lacre.
La zarpa retráida
como envainado alfanje;
turbio el ojo felino, en donde nadan
encendidos azafres; los yares
batidos por alientos de fatiga.
Bajo la mata de bambú se placen.
Sobre el fondo de oro de las pieles
destácanse

como rotas de negro terciopelo
las manchas negras. Árboles
vestidos de hojas opulentas, echan
la sombra de sus toldos de follaje
sobre el grupo de fieras que reposan.
La Tarde,
en los ojos sangrientos del Ocaso
pone llamas de cráter.

Durmiento,
durmiendo están los cuervos centenarios.
Abajo está la sima,
ahí los sueños lúgubres. Abajo
están los huesos que los bravos picos
como cizallas férreas mondarou.
Las vastas excursiones por las cumbres
donde resaca el viento. Los espacios
donde escriben sus rúbricas de fuego
los deslumbrantes rayos,
cuando pasan las nubes de tormenta
como torvo reoano.
Eso sueñan los cuervos
siniestros reyes calvos,
envueltos en sus clámdes de luto
ante las brumas del Poniente trágico.

L. OPOLSO LUGONES

Balada de la cárcel de Reading

FRAGMENTO PRIMERO

Yo tenía ya su túnica escarlata, pues
la sangre y el vino son rojos y en sus ma-
nos había sangre y vino cuando se le en-
contró con la muerta, la pobre mujer
muerta que él amaba y á quien había ma-
tado en su lecho.

Iba él entre los detenidos, en traje de
un gris plomizo. En su cabeza un gorro
de cricket; su paso parecía ligero y ale-
gre; pero nunca he visto á un hombre,
mirar como él, tan intensamente el día.

Nunca he visto á un hombre mirar con
un ojo tan intenso esa pequeña tienda azul
que los prisioneros llaman el cielo, y ca-

da nube que bogaba y pasaba con su ve-
lámén de plata.

Iba yo junto con otros penados, y me
preguntaba si ese hombre había cometi-
do mucha ó poca falta, cuando una voz
detrás de mí murmuró muy bajo: *aquél
será ahorcado.*

¡Ah Cristo! Los muros mismos de la
prisión parecieron cambiar súbitamente,
y el cielo encima de mi cabeza se tornó
como un casco de acero candente; y
á pesar de ser yo también un penado, mi
pena ya no pude sentirla.

Supe entonces qué pensamiento furtivo
apresuraba su paso, y por qué contempla-
ba la fastidiosa claridad del día con ojo
tan intenso. Ese hombre había matado
á la que amaba y por eso debía morir.

Sin embargo, cada hombre mata á sa-
biendas lo que ama: unos lo hacen con
mirada de odio, otros con palabras aca-
riciantes, el cobarde con un beso, el hom-
bre valeroso con una espada!

Unos matan su amor cuando son jóve-
nes; otros cuando son viejos; algunos lo
estrangulan con las manos del Deseo y
otros con las manos del Oro; los mejores
se sirven de un cuchillo, pues en seguida
los muertos se enfrían.

Se ama muy poco ó se ama largo tiem-
po; se vende el amor y se le compra; al-
gunas veces se perpetra el hecho con mu-
chas lágrimas, y algunas veces sin un
suspiro; pues cada uno de nosotros mata
lo que ama, y sin embargo, ninguno muer-
re por ello.

Y el que tal hace no muere de muerte
infamante en un día de sombría desgra-
cia: no siente en torno de su cuello el nu-
do corredizo, ni la careta sobre su rostro,
no siente á través de la plancha caer sus
pies en el vacío.

No permanece entre hombres silencio-
sos que le espían día y noche; que le es-
pían cuando quisiera llorar, ó cuando tra-
ta de orar; que le espían por temor de
que le robe á la prisión su presa.

No se despierta á la aurora para ver fi-
guras espantosas agrupadas en su celda,
al capellán que dembla vestido de blan-
co, y al juez severo con compunción, y
al gobernador, todo de un negro ceremo-
nioso, con un rostro amarillo de juicio
final.

No se levanta con prisa lamentable para revestirse con su traje de condenado, mientras que el doctor de boca grosera entorna los ojos, y toma nota de cada gesto grotesco y de cada contracción nerviosa, manejando un reloj cuyos débiles tic-tac son como los golpes sordos de un horrible martillo.

No conoce esa sed torturadora que enarena la garganta, antes que el verdugo, con sus guantes de grueso cuero, se deslice por la puerta y os mamate con tres correítas, con el fin de que vuestra garganta no tenga jamás sed.

No se inclina para escuchar la salmodia de los oficios de los muertos, y en tanto que el terror de su alma le asegura que no está muerto, no tropieza con su propio féretro, al entrar bajo el horrible tinglado.

No arroja una postrer mirada al cielo, al través de un pequeño lecho de vidrio; no ruega con labios de arcilla que su agonía sea breve; no siente sobre la mejilla temblorosa el beso de Caifás.

OSCAR WILDE

De El Exodo y las flores del Camino

PRIMERA PAGIN.

El mar es más constante que yo; las nubes rojas del orto más que mi alma cose van su vestido; yo tengo la impaciencia perenne de las hojas; mi amor es un eterno gemelo de mi olvido.

Mi mente es un espejo rebelde á toda lullada, y mi anhelo es una pluma finámbula, donaire del viento; el aereolito que cae, esa es mi estrella. Mis gozes y mis penas son trazos en el aire.

El ansia del misterio me agita y desespera; jinete en mis pegasos ó nauta en mi galera corriendo voy tras todo señuelo que lo finge; mi hermana la cigüeña me ha visto donde quiera que el rojo sol proyecta la mitra de la esfinge.

Amo unos ojos mientras que su matriz ignora, amo una boca mientras no escucho sus acentos; jamás pregunto el nombre de la mujer que adoro, del César por quien lucho, del Dios á quien imploro, del puerto á donde bogo ni el rumbo de los vientos.

Criatura fugitiva que cruza el mundo vano, temiendo que la alforja sus éxodos impida, mi traje amor, ni llevo, y así voy al arcano lanzando con un gesto de sembrador el fecundo de mis versos al surco de mi vida.

AMADO NERVO

París.

À los artistas

DE FENDED la belleza! Ese es vuestro deber.

Defended el ensueño que lleváis en vosotros, defendedlo, con todas las armas, hasta con las befas si ellas os sirven mejor que las invectivas. Procurad templar con los más acres venenos la punta de vuestra lanza. Haced que vuestros sarcasmos tengan tal virtud corrosiva que penetren hasta la médula y lo destruyan. Herid hasta el hueso las estúpidas frentes de aquellos que pretenden poner en todas las almas una marca igual, como en un utensilio social, y, hacer las cabezas humanas, iguales todas, como las de los clavos bajo el golpe del martillo.

Que suba hasta el cielo vuestra risa frenética, cuando oigáis á los jefes de la Gran Bestia vociferar en la asamblea. ¡Defended el Pensamiento amenazado por esos, la Belleza por esos ultrajada!

Un día llegará en que intentarán quemar los libros, destrozará las estatuas, desgarrará las telas!

Defended la obra antigua y libre de vuestros maestros y la futura de vuestros discípulos, contra la rabia de esos esclavos ébrios. No desesperéis porque seáis pocos. Vosotros poseéis la suprema Ciencia y la suprema Fuerza: el Verbo!

GABRIEL D'ANNUNZIO

El Abismo

Era una enorme y prodigiosa grieta a donde, inclinado al borde extraordinario cubijaba un picacho mi cenario el horror de su trágica silueta.

Asomado al abismo, con la inquietante obsesión de un delirio visionario huicé mi pensamiento solitario en las entinas vivas del planeta.

Hoy pienso que aquel rudo panorama es el completo símbolo del drama que nos unió en efímero idealismo.

Quando, á tu gracia altaiva subyugado, era mi amor el trágico inclinado al borde inalterable de tu abismo

AUGUSTO C. COELLO

1903

Besos

Poeta! Dí paso
los furtivos besos

La sombra! Los recuerdos! La luna no vertía
allí ni un sólo rayo....Temblabas y eras mía.
Temblabas y eras mía bajo el follaje espeso;
una errante luciérnaga alumbró nuestro beso.
el contacto furtivo de tus labios de seda.....
La selva negra y mística fué cámara sombría,
en aquel sitio el musgo tiene olor de reseda...
Filtró luz por las ramas cual si llegara el día,
entre las nieblas pálidas la luna aparecía.—

Poeta! Dí paso
los íntimos besos.

¡Ah! de las noches dulces me acuerdo todavía.
En severo retrete, do la tapicería
amortiguaba el ruido con sus hilos espesos
rendida tú á mi súplica, fueron míos tus besos;
tu cuerpo de veinte años entre la roja seda,
tus cabellos dorados y tu melancolía,
tus frescuras de niña y tu olor de reseda...
Apenas alumbraba la lámpara sombría
los desteñidos hilos de la tapicería...

Poeta! Dí paso
el último beso!

¡Ah! de la noche trágica me acuerdo todavía!
El atadío heráldico en el salón yacía.
Mi oído fatigado por vigilia y excesos
sintió como á distancia los monótonos rezos!
Tú, mustia, yerta y pálida entre la negra seda...
La llama de los cirios temblaba y se movía,
perfumaba la atmósfera un olor de reseda,
un crucifijo pálido los brazos extendía
y estaba helada y cárdena tu boca que fué mía!

JOSÉ ASUNCIÓN SILVA

Esperando la luna

La voz de Eglá

Voy á partir, Horsiatsf, partiré mañana...

La voz de Horsiatsf

¿Por qué no te quedas?

La voz de Eglá

Solo tú me retenías aquí con tu amor. .
Este amor inurió. . ¿para qué había de
quedarme? . .

La voz de Horsiatsf

Tienes razón . . . si quedases, debería-
mos fingir y los buenos no fingen nunca.
Nuestros corazones son dos enamorados
paralíticos sentados el uno frente al otro

quieren besarse y no pueden . . . Es ne-
cesario alejarlos para disminuir su sufri-
miento . . . A ellos les basta su parálisis. .

La voz de Eglá

El amor que juzgábamos eterno, es hoy
un amor de enfermos, un amor de otoño,
un amor moribundo . . . Y lo peor es que
ambos reconocemos esto . . . Sufrimos co-
mo si estuviéramos asistiendo á la agonía
de un hija.

La voz de Horsiatsf

Parece que están cayendo hojas secas
en mi corazón . .

La voz de Eglá

Y nuestros besos son sombras de besos,
fantasmas de besos . . ¿Dónde estaré yo
mañana á esta hora? Muy lejos . .

La voz de Horsiatsf

Todo ha acabado! Tienes razón, tienes
razón, debes partir . . Nuestro amor ya
no merece sacrificios: es como esos vie-
jitos casi idiotas, de quien nadie se pre-
ocupa.

La voz de Eglá

Cómo han perdido nuestros besos el sa-
bor que tenían! Nuestros besos de ahora
son sombras de besos . .

La voz de Horsiatsf

Es verdad . . . Beso tus manos . . . y es
como si besase las mías . . .

La voz de Eglá

Y que leales somos! No fingimos, sen-
timos la agonía de nuestro amor, y en
vez de huir, tenemos el valor de asistir á
ella, como si estuviéramos á la cabecera
de una hermana moribunda, de una her-
mana muy amada . .

La voz de Horsiatsf

Está fría la noche . .

La voz de Eglá

Hasta el sol tenemos frío. . Adiós, Hor-
siatsf . . .

La voz de Horsiatsf

Adiós, Eglá . .

EUGENIO DE CASTRO

Introducción

del libro NIEVE

Como en noche de invierno, junto al tronco
vacilante del árbol amarillo,
silencioso el clarín del viento rouco
y de la luna al funerarío brillo,
desciende del brumoso firmamento
en copos blancos de irisada nieve,
pirámides formando en un momento
que ante el disco del sol y al soplo leve
del aire matinal, va derretida
á perderse en las ondas de los mares;
así en la noche obscura de la vida,
acallada la voz de mis pesares
y al fulgor de mi estrella solitaria,
estas irías estrofas descendieron
de mi lóbrega mente visionaria,
al pie de mi existencia se fundieron,
llegaron en volmen á formarse
y hoy que á la vida efímera han salido,
unidas volarán á dispersarse
en las amargas ondas del olvido.

Medallón

Cual bruma de oro en derredor de un astro
en torno de su rostro de alabastro
flota en dorados rizos el cabello,
bajando luego hasta besar su falda
por la curva graciosa de su espalda,
por el jaspe rosado de su cuello.

Ya la envuelva nevada muselina,
ya la seda espejeante de la China,
ciñen sus brazos regios brazales,
y en su redondo seno de escultura,
como un jarrón de pálida blancura,
agonizan fragantes ramilletes.

Ya el vals la mezca en cirrenios de fuego,
ya alce en el templo fervoso ruego,
presenta al mundo, lánguida y morosa,
en su rostro de antiguo camáfeo
con la nostalgia amarga del deseo
la tristeza infinita de una diosa.

Como las claras gotas de rocío
de fresca anémona en el cáliz frío
chispean al crepúsculo dorado,
del gas á los destellos deslumbrantes
irísanse purísimos diamantes
de su oído en el lóbullo rosado.

Verdes, como las ondas, son sus ojos,
como ardientes rubís, sus labios rojos,
finas, como caléndulas, sus manos,
y, surmegida en dulce somnolencia,
ostenta la opalina transparencia
de los frágiles vasos venecianos.

JULIÁN DEL CASAL

De luna

UNA vez la luna, que es el capricho
mismo, miró por tu ventana en tanto que

dormías y se dijo: ESTA NIÑA ME GUSTA.
Y descendió muellemente por su escalera
de nubes, y sin ruido, atravesó los vidrios.

Después, con la suave ternura de una
madre, extendióse sobre tí, y en tu faz de-
jó grabados sus colores: tus ojos se que-
daron verdes y tus mejillas extraordina-
riamente pálidas. Y al contemplar á es-
ta visitante, tus pupilas se agrandaron ex-
tránamente, y con tanta ternura estre-
chó tu garganta, que desde entonces guar-
das eterno deseo de llorar.

En la expansión de su dicha, la luna
llenó todo el cuarto como una atmósfera
fosforescente, como un filtro luminoso.

Y toda esta luz viva pensaba y decía: *Tu
sufirás eternamente la influencia de mi
beso y serás bella á mi modo; amarás lo
que yo amo y lo que me ama; el agua, las
nubes, el silencio y la noche; el agua infor-
me y multiforme; el lugar donde no esta-
rás; el amante que no has de conocer; las
flores monstruosas; los perfumes que ha-
cen delirar; los gatos que maullan sobre
los pianos y gimen como mujeres con
voz ronca y dulce.*

*Y te amarán mis amantes, te corteja-
rán mis cortesanos.*

*Tú serás la reina de los hombres de
ojos verdes cuyo pecho como el tuyo es-
treché en medio de mis caricias noctur-
nas;—de los que aman el mar, el mar
inmenso, tumultuoso y verde, el agua in-
forme y multiforme; el lugar donde no
están, la mujer que no conocen, las flores
siniestras, parecidas á incensarios de al-
guna religión desconocida, los perfumes
que enferman la voluntad y los animales
salvajes y voluptuosos. emblema de su lo-
cura.*

Y es por eso, querida niña, por eso que
ahora estoy á tus piés, buscando en toda
tu persona el reflejo de la temible Divi-
nidad, de la fatídica madrina, de la no-
driza envenenadora de los lunáticos.

CHARLES BAUDELAIRE

Cosas del Cid

A Francisco A. de Icaza

Cuenta Barbey, en versos que valen bien su proca,
una hazaña del Cid, fresca como una rosa,
pura como una perla. No se oyen en la hazaña

resonar en el viento las trompetas de España,
ni el azorado moro las tiendas abandona
al ver al sol el alma de acero de Tizona.

Babieca descansando del huracán guerrero,
tranquilo pace, mientras el bravo caballero
sale á gozar del aire de la estación florida.
Ríe la primavera, y el vuelo de la vida
abre lirios y sueños en el jardín del mundo.

Rodrigo de Vivar pasa, meditando,
por una senda en donde, bajo el sol glorioso,
tendiéndole la mano, le detiene un leproso.
Frente á frente, el soberbio príncipe del estrago
y la victoria, joven, bello como Santiago,
y el honor animado, la viviente carroña
que infecta los suburbios de horror y de ponzoña.

Y al Cid tiende la mano el siniestro mendigo,
y su escarcela busca y no encuentra Rodrigo.
—¡Oh Cid, una limosna— dice el precito.

—Hermano
te ofrezco la desnuda limosna de mi mano...
Dice el Cid, y quitando su férreo guante, extiende
la diestra al miserable, que llora y que comprende

Tal es el sucedido que el Condestable escancia
Como un vino precioso en su copa de Francia.
Yo agregaré este sorbo de licor castellano:

*

Cuando su guantelete hubo vuelto á la mano
el Cid, siguió su rumbo por la primavera
senda. Un pájaro daba su nota de cristal
en un árbol. El cielo profundo desleía
un perfume de gracia en la gloria del día.
Las ermitas lanzaban en el aire sonoro
su melodiosa lluvia de tórtolas de oro;


el alma de las flores iba por los caminos
á unirse á la piadosa voz de los peregrinos,
y el gran Rodrigo Díaz de Vivar, satisfecho,
iba cual si llevase una estrella en el pecho.
Cuando de la campiña, aromada de esencia
sutil, salió una niña vestida de inocencia,
una niña que fuera una mujer, de franca
y angélica pupila, y muy dulce y muy blanca.

Una niña que fuera una hada ó que surgiera
encarnación de la divina Primavera
Y fué al Cid y le dijo: "Alma de amor y fuego,
por Jimena y por Dios un regalo te entrego,
esta rosa naciente y este fresco au

Y el Cid, sobre su yelmo las frescas hojas siente,
en su guante de hierro hay una flor naciente,
y en lo íntimo del alma como un dulzor de miel.

RUBEN DARÍO

Pétalos grises

 Y al doblar la página amarilla de un
libro de recuerdos, encontré algunas flores se-
cas, algunos pétalos grises, cuyo perfume hi-
zo brillar en mi memoria una triste luz de
antano.

Poblóse mi mente de sombras inolvidables;
llenóse mi corazón de amorosas músicas; y en
mi espíritu floreció el casto ensueño de mi
infancia y el lirio sangriento de mi juventud.
¡Oh evocación profunda de mis hondos re-
cuerdos ante un puñado de pétalos muertos!
¡Oh perfume de melancolía; alma de mi vida
remota, que ha venido de no sé qué abismo
del tiempo y de la muerte acariciando con
un beso de poesía y de tristeza á mi viejo espíri-
tu vestido de negro! Como el ala de nieve
de un ave errabunda como el hálito de un
niño dormido, así ha pasado tu caricia por
mi frente

Yo he separado de esa página antigua las
flores difuntas, colocadas allí por una mano
ya muerta, la dulce mano maternal que ha
venido á oprimir mi corazón en las noches
colmadas de dolor y de sombra

He leído la hoja amarillenta, exornada de
rojas iniciales. Hoja de amor y de infortunio,
harmoniosa con los versos de Percy Shelley, im-
pregnada de un olor funerar. Nunca un
poeta llegó a expresar como aquél, en dos ó
tres líneas intensas, una tristeza tan honda
... Las palabras de la estrofa inmortal tie-
nen un aroma como las flores y sollozan to-
da la melancolía de los muertos. Pala-
bras de misterio y de milagro que dicen la
amargura de lo que duerme sobre la tierra ó
bajo el sudario del tiempo; del tiempo impla-
cable e inmutabil que nos empuja hacia el
ocaso, mostándonos, jornadas de luto, el
fulgor de rosa de las antiguas auroras, bajo
el plomo azulado de los cielos profundos.

FROILÁN TURCIOS

NOTAS

En París,

en el Bosque de Boulogne, acaban de
batirse á espada, los escritores america-
nos Enrique Gómez Carrillo y Miguel
Eduardo Pardo. Fueron testigos del pri-
mero, Eusebio Blasco y Enrique de Bron-
chard; y de Pardo, el Cónsul de Venezue-
la, señor Núñez y el señor Barco.

Después de algunos violentos ataques,
Carrillo recibió una estocada en el brazo,
que le dejó fuera de combate.

Permanentes

—Agradeceríamos á los periódicos y re-
vistas con quienes tenemos establecido el
canje, la reproducción de nuestros suma-
rios.

Esperamos que las publicaciones que
reproduzcan nuestros materiales extran-
jeros, indiquen su procedencia. Esto lo
creemos de estricta justicia; ya que nos
ocasiona un trabajo especial la esmerada
labor de selección.

Derechos Reservados